



POLÍTICA, IDEAS, OCCIDENTE

Por Samuel Gregg

Fuente: *Intercollegiate Review*

<http://www.intercollegiatereview.com/index.php/2013/09/09/politics-ideas-and-the-west/>

En 2008, el escritor George Packer argumentó en un artículo del *New Yorker* titulado *La Caída de Conservadurismo* que el desorden envolviendo en ese momento al Partido Republicano era en realidad un síntoma de problemas más profundos que caracterizaban al pensamiento conservador estadounidense. El aparente colapso del conservadurismo en los Estados Unidos, Packer sugirió, en parte fluía de los feroces desacuerdos internos sobre temas que iban desde la política exterior hasta los niveles de gasto del gobierno. Sin embargo, según Packer, el desafío que enfrentaban los conservadores iba más allá de estas tensiones explícitas. La verdadera crisis del conservadurismo, dijo, fue una de ideas en sí mismas. Para demostrarlo, Packer citó a uno de los productos más astutos del conservadurismo contemporáneo, el analista político Yuval Levin, el que sostuvo que "La fábrica de ideas conservadoras no está produciendo como lo hacía. Todo el mundo lo dice, pero nadie está de acuerdo sobre qué hacer al respecto".

Para muchos conservadores, las ideas nunca han sido algo que la gente deba abrazar con demasiado entusiasmo. Algunas ideas, ellos señalan, han ayudado a propiciar algunas de las mayores barbaries de la historia. Hay una línea recta, por ejemplo, entre las reflexiones de Karl Marx anotadas en el tranquilo ambiente de la Biblioteca Británica y los campos de exterminio de la lejana Camboya, cien años después. En este sentido, no debe sorprendernos encontrar algunos pensadores conservadores como el Tory, miembro del parlamento y más tarde canciller, Quintin Hogg, insistiendo en su libro de 1959, *The Conservative Case*, que el conservadurismo no era "tanto una filosofía como una actitud, una fuerza constante, realizando una función atemporal en el desarrollo de una sociedad libre y que corresponde a una exigencia profunda y permanente de la misma naturaleza humana".

La verdad, sin embargo, es que por cada "conservador de actitud" no ha habido la misma cantidad de "conservadores de ideas". De hecho pocas cosas dividen hoy a los conservadores más que las ideas. Entre los muchos grupos que se han apropiado del término "conservador", encontramos a los autodenominados conservadores fiscales, conservadores sociales, conservadores agrarios del sur, neoconservadores, paleoconservadores, conservadores liberales, conservadores de negocios, conservadores libertarios, conservadores de seguridad nacional, demócratas conservadores, conservadores de Reagan, conservadores de gobierno limitado, Tories, conservadores aislacionistas, bioconservadores, thatcheristas, conservadores progresistas, federalistas, fusionistas, conservadores religiosos, y así más y más.

Las diferencias entre estos grupos siempre cambiantes son a menudo hondas. La división filosófica más profunda, por lo general tácita, es tal vez la de los conservadores que enraízan su pensamiento en el razonamiento de la ley natural y aquellos comprometidos con su polo opuesto: el escepticismo. Pero, incluso dentro de determinados alineamientos conservadores, a veces hay notables divisiones sobre cuestiones específicas. Algunos conservadores sociales, por ejemplo, son librecambistas abiertos. Otros, sin embargo, están al punto del nacionalismo económico.

La imprecisión asociada con la palabra conservador se hace aún más evidente si tenemos en cuenta las figuras que reclaman el mote. David Cameron, de Gran Bretaña, por ejemplo, no deja de proclamar sus credenciales conservadoras. Sin embargo, ¿alguien duda seriamente de que David Cameron tiene más en común con el presidente Barack Obama que con, por ejemplo, los senadores Rand Paul o Ted Cruz? Lo que algunos podrían preguntar es si el primer ministro conservador de Gran Bretaña tiene que ver en absoluto con el conservadurismo.



Dicho esto, vale la pena señalar que las diversas fuerzas asociadas con el conservadurismo nunca tienen, y no es probable que alguna vez logren, la unidad completa. Las expresiones políticas del conservadurismo a menudo han consistido en alianzas de grupos unidos menos por el compromiso común de creencias profundamente arraigadas, que por acuerdo sobre puntos concretos en determinados períodos de tiempo y por un cierto grado de la lógica de que “el-enemigo-de-mi-enemigo-es-mi-amigo”. El imperativo de vencer el mal diabólico del Comunismo, por ejemplo, produjo una serie de compañeros de cama menos que obvios. Más allá de estas conveniencias políticas, es muy conveniente un considerable nivel de debate interno de la derecha, sobre todo porque obliga a la gente a defender y perfeccionar sus posiciones.

No debe subestimarse la importancia política de la construcción y el mantenimiento del "gran templo" de coaliciones conservadoras. Después de todo, ayudan a darse cuenta de lo que tiene que ser una parte importante de la agenda del conservadurismo moderno: oponerse y hacer retroceder a la izquierda que, por muy absurdos que sean sus objetivos, es realmente implacable en la búsqueda de alcanzar sus sueños. Pero cualquier resurgimiento del conservadurismo no puede sólo centrarse en eso a lo que se opone. Tampoco puede la energía del conservadurismo ser completamente consumida por batallas de política, incluso tan importantes como son. Porque si los conservadores pierden el conflicto más amplio sobre el tipo de civilización al que aspiramos a vivir, entonces todas sus victorias políticas, en última instancia, servirán de nada.

El Genio de Occidente

Esto me lleva a lo que creo que tiene que ser la agenda de largo plazo del conservadurismo, así como un elemento central en cualquier resurgimiento conservador duradero: la defensa y promoción de lo que deberíamos llamar, sin pedir disculpas, civilización Occidental. Con esto, quiero decir la cultura única que surgió del encuentro de Jerusalén, Atenas y Roma, el brillo de las cuales —si se me permite por un momento ser profundamente políticamente incorrecto— es un poco más difícil de discernir en otras sociedades. Tan anatema que esa cultura pueda resultar en la sala contemporánea de académicos, esta es la tradición que los conservadores deberían hacer su asunto proteger y promocionar: no sólo en oposición a los que despliegan violencia en nombre de una divina sinrazón, sino también en contra del igualitarismo obsesivo, del sentimentalismo de rango y del utopismo de ojos desorbitados de aquellos que viven en el interior de Occidente, pero que han habitado durante mucho tiempo un universo mental diferente.

Las mejores mentes de las que los conservadores siguen inspirándose, desde Edmund Burke y Wilhelm Röpke a Agustín y Alexis de Tocqueville, han entendido que las cuestiones de civilización son las que importan en última instancia. El genio de Occidente puede ser expresado en una serie de proposiciones, pero entre las más destacados son los siguientes: que la libertad se encuentra en el dominio de sí mismo que resulta de la libre elección de vivir en la verdad y no en la mentira; que la razón incluye pero abarca mucho más que las ciencias empíricas; y que en la conciencia de nuestra naturaleza caída y las lecciones de la historia nos encontramos con algunas de las mejores defensas contra nuestro inquieto impulso para intentar construir el cielo en la tierra.

Sin embargo, como el teólogo francés Jean Daniélou S.J. observó una vez, no hay verdadera civilización, que no sea también religiosa. En el caso de la civilización Occidental, eso significa el Judaísmo y el Cristianismo. La cuestión de la verdad religiosa es algo con lo que debemos permitir que todas las personas luchen en las profundidades de su conciencia. Pero si el conservadurismo implica la defensa de la herencia de Occidente contra los que lo derribarían (ya sea por dentro y por fuera), entonces los conservadores deberían seguir el ejemplo de intelectuales europeos, como Rémi Brague y Joseph Ratzinger, e invertir más energía en la aclaración de la Cristiandad como pivote central del desarrollo occidental —incluyendo las a menudo complicadas formas en las que respondió a y continúa interactuando con los movimientos asociados con las variadas Ilustraciones.



Tal empresa va más allá de demostrar la contribución del Cristianismo a los marcos institucionales, como el gobierno constitucional. Los conservadores deben estar más atentos a cómo el Judaísmo y el Cristianismo —o al menos sus versiones ortodoxas— ayudaron a fomentar las ideas clave que subyacen en el carácter distintivo de la cultura Occidental. Estas incluyen:

- la liberación del hombre de la sensación de que el mundo era en última instancia algo sin sentido;
- su énfasis en la falibilidad humana y el consiguiente anti-utopismo;
- su afirmación de que el hombre está hecho para ser creativo en lugar de pasivo;
- su insistencia en que hay absolutos morales que no pueden ser violados,
- su gran respeto a la razón humana en toda su plenitud;
- su distinción crucial entre la autoridad religiosa y civil, y
- su convicción de que los seres humanos pueden tomar decisiones libres.

Este último punto es especialmente importante precisamente por la dificultad de encontrar afirmaciones fuertes de la realidad del libre albedrío fuera del Judaísmo ortodoxo, el Cristianismo ortodoxo y ciertas escuelas de pensamiento en la ley natural. Más allá de estos ámbitos, el mundo se compone básicamente de los deterministas blandos (como John Stuart Mill) o deterministas duros (como Marx).

Hay, sin embargo, algo más elemental de lo que el conservadurismo moderno se encuentra en necesidad desesperada. En el primer episodio de la aclamada serie de la BBC de 1969, *Civilization*, el historiador de arte, el fallecido Kenneth Clark, se sentó en el primer plano de un viejo viaducto y habló de la "confianza" de los romanos. Con eso no se refería a arrogancia. Lo que Clark tenía en mente era la creencia de los romanos en sí mismos: su convicción de que las ideas y las instituciones, que habían heredado, desarrollado y extendido por toda Europa y el Mediterráneo, ascendieron a un logro cultural singular digno de emulación.

Obviamente, el mundo romano estaba lejos de ser perfecto. Como se ilustra en la novela *Satyricon*, probablemente escrita por el cortesano romano Cayo Petronio durante el desastroso reinado de Nerón, el deterioro sustancial ya estaba presente en las elites de Roma en el siglo I dC. Lo que, sin embargo, parece difícil de disputar es la necesidad de que los conservadores contemporáneos —como sea que usen prefijos y sufijos— desarrollen y muestren una confianza romana en los logros de Occidente.

Porque, en ausencia de dicha confianza, ¿cómo van los conservadores a ser capaces de volver a infundir confianza de nuevo en sí mismo a un Occidente actualmente inundado de despotismo blando, nihilismo, emotivismo y un desenfrenado odio a sí mismo?

"Las civilizaciones", escribió el historiador Arnold Toynbee, "mueren por suicidio, no por asesinato". Prevenir que el Occidente continúe a la deriva hacia el auto-olvido es sin duda una tarea —o mejor dicho, el deber— de cualquier conservador de principios dignos de ese nombre. De hecho, como Margaret Thatcher gustaba decir, no hay alternativa.

Nota

La traducción del artículo [Politics, Ideas, and the West](#) publicado por el Acton Institute el 2 de octubre de 2013, es de ContraPeso. [ContraPeso](#) es un proveedor de ideas que explican la realidad económica, política y cultural y que no contienen los medios dominantes. Sostiene el valor de la libertad responsable y sus consecuencias lógicas.

El artículo apareció primero en [Intercollegiate Review](#). Un Nuevo libro de Samuel Gregg está disponible en [Acton Institute Book Shop](#).